

Enrique Martínez Lozano

SABIDURÍA PARA DESPERTAR

Una lectura transpersonal del evangelio de Marcos

Prólogo de MÓNICA CAVALLÉ

2^a
EDICIÓN



DESCLÉE DE BROUWER

crisis y sociología

Enrique Martínez Lozano

SABIDURÍA PARA DESPERTAR

**Una lectura transpersonal
del evangelio de Marcos**

2ª edición

DESCLÉE DE BROUWER
BILBAO – 2011

ÍNDICE

PRÓLOGO DE MÓNICA CAVALLÉ.	13
INTRODUCCIÓN.	23
CAPÍTULO I	31
CAPÍTULO II.	71
CAPÍTULO III	101
CAPÍTULO IV	121
CAPÍTULO V	145
CAPÍTULO VI	163
CAPÍTULO VII.	187
CAPÍTULO VIII.	207
CAPÍTULO IX	235
CAPÍTULO X.	267
CAPÍTULO XI	289
CAPÍTULO XII	303
CAPÍTULO XIII.	329

CAPÍTULO XIV	341
CAPÍTULO XV	363
CAPÍTULO XVI	375

ÍNDICE DE APORTACIONES TRANSVERSALES

1. VIVIR EN DIOS, VIVIR EN LA PRESENCIA	43
2. TENTACIONES Y EGO	45
3. EL REINO DE DIOS	47
4. DEMONIOS Y EXORCISMOS	57
5. LOS MILAGROS EN EL EVANGELIO	59
6. UNA “TRADUCCIÓN” DEL EVANGELIO QUE QUIERE SER FIEL	64
7. EL “SECRETO MESIÁNICO”	69
8. EN TORNO AL SACRAMENTO DEL PERDÓN	76
9. LAS PARÁBOLAS EN ACCIÓN	83
10. LAS BODAS DEL ESPOSO, SEGÚN EL CUARTO EVANGELIO	90
11. LA MEJOR RELIGIÓN	106
12. JESÚS, LA NOVEDAD QUE DESCONCIERTA	118
13. JESÚS, CONTADOR DE PARÁBOLAS	121
14. JESÚS LIBERADOR	162
15. EL CAMINO ESPIRITUAL: DESAPROPIACIÓN DEL YO, EXPERIENCIA DEL MISTERIO QUE SOMOS	165

16. ESTRÉS Y DESCANSO, EGO Y PRESENCIA	175
17. ¿QUIÉNES SOMOS? EL PROCESO DE EVOLUCIÓN DE LA CONCIENCIA	184
18. “SIEMPRE HA SIDO ASÍ”	191
19. UNA CREACIÓN SIN “PECADO ORIGINAL”	203
20. EN TORNO A LA CRUZ Y A LA SALVACIÓN.	227
21. ESPIRITUALIDAD TRANS-RELIGIOSA Y LA EXPERIENCIA MÍSTICA DE UN ATEO	241
22. ORACIÓN CONTEMPLATIVA.	248
23. VERDAD, CREENCIA E INTOLERANCIA.	259
24. LOS ENFRENTAMIENTOS QUE NACEN DEL YO	282
25. SEGUIR A JESÚS POR EL CAMINO, HOY.	287
26. MÁS ALLÁ DEL TEMPLO Y DE LA RELIGIÓN.	297
27. DE LA INTOLERANCIA RELIGIOSA A LA CREACIÓN DE CONCORDIA	309
28. LO QUE REALMENTE SOMOS (UN TEXTO DE KEN WILBER)	316
29. LOS DISFRACES DEL EGO	325
30. VIGILANCIA PARA MANTENERSE EN LA PRESENCIA	338
31. JESÚS Y LAS MUJERES	344
32. LA EUCHARISTÍA.	348
33. ACOGIDA DE SÍ Y COMPASIÓN: DIÁLOGO INTERNO Y PRÁCTICA MEDITATIVA	355
34. LA MUERTE DE JESÚS EN LA CRUZ: DIFERENTES LECTURAS	371
35. PARA CONCLUIR: EL EVANGELIO, LLAMADA A DESPERTAR	382
36. ANEXO: UNA MIRADA TRANSPERSONAL	387

PRÓLOGO

Mónica Cavallé

No es posible comprender nuestra cultura sin el referente de la figura de Jesús. Ahora bien, no deja de resultar sorprendente que uno de los cimientos de la historia de Occidente radique en una figura que sigue resultando para los investigadores un enigma, un gran desconocido. Es sorprendente que alguien cuyo nacimiento constituye el punto de división de la historia universal sea una figura tan precaria históricamente que algunos estudiosos han llegado incluso a cuestionar su misma existencia.

Y es que, como es sabido, las fuentes históricas no cristianas sobre Jesús de Nazaret son escasas y muy poco concluyentes, de modo que lo que se conoce de él procede básicamente de fuentes cristianas, las cuales ni son imparciales ni fueron elaboradas por personas que identificaran lo verdadero con lo histórico. Aún así, la posición mayoritaria no cuestiona el hecho de historicidad de Jesús, un margen amplio en el que se desenvuelven posiciones que van desde quienes afirman que es imposible saber quién fue realmente Jesucristo hasta quienes consideran que los evangelios reproducen lo hecho y dicho por él casi de forma literal.

Dentro de este grupo amplio que no cuestiona la realidad histórica de Jesús, y entre los investigadores que buscan aproximarse a ella de forma científica e imparcial, predomina la opinión según la cual cabe reconocer un núcleo histórico en los relatos evangélicos, si bien

éste fue posteriormente divinizado, es decir, se proyectaron sobre él elementos fabulosos y sobrenaturales que dieron lugar al Cristo mítico y legendario de los milagros y hechos extraordinarios. Con respecto a la naturaleza de esa “percha” histórica posteriormente mitificada, las opiniones son, como no puede ser menos, sorprendentemente dispares: un revolucionario socio-político, un sanador, un reformador religioso, el fundador de una religión, alguien que no pretendía fundar una religión, un profeta escatológico, un filósofo cínico, un judío marginal, un hombre sabio consciente de estar habitado por el Espíritu, un maestro de la sabiduría del amor y de la compasión... De nuevo, lo poco que sabemos sobre Jesús hace de éste una suerte de test de Rorschach en el que, con frecuencia, más que conocer su figura conocemos las afinidades y preferencias de quienes se aproximan a él.

Una minoría de investigadores de la figura de Jesús se aparta igualmente de la credulidad literalista pero siguiendo una argumentación contraria: afirman que el relato de la vida del Nazareno, lejos de tratarse de un núcleo histórico divinizado, es un mito historizado. Fundamentan esta tesis en la constatación de que los hitos de la vida de Jesucristo reproducen arquetipos ya presentes en el paganismo, en concreto, son los mismos que los de los restantes mitos de dioses solares. Todos ellos vendrían a ser distintas versiones de un mismo argumento, el del mito solar compartido por prácticamente todas las culturas (en el que el Sol simboliza la vida, el calor y la luz del Ser, de la Conciencia pura, y los avatares astronómico-astrológicos del Sol en su ciclo anual, los avatares de la conciencia manifestada). Jesús, desde esta perspectiva, sería un dios solar más con tanta base histórica como Horus, Krishna, Apolo, Dionisos o Mitra. Para estos exegetas, lo que se precisa no es tanto desmitologizar el mito de Jesús para descubrir la verdad histórica latente como deshistorizarlo para comprender el mito en su pureza.

“¿Cómo nuestra época, que se siente tan orgullosa de su sentido histórico, ha podido llegar a creerse el sin sentido de que el cristianismo comenzó con esa burda fábula de un hacedor de milagros y de un redentor, y de que todo lo espiritual y simbólico constituye el fruto de una evolución posterior? Por el contrario, la historia del cristianismo, desde que Cristo murió en la cruz, es la historia de una mala interpretación, cada vez más tosca, de un simbolismo originario” (Nietzsche).

Con independencia de la posición que se adopte a este respecto, es importante advertir que afirmar el carácter mítico de al menos buena parte del relato de la vida de Jesús no conlleva necesariamente banalizar su figura. Sólo es así para aquellos que identifican “mito” y “mistificación”. Nuestra cultura suele denominar “mito” a un relato falso, fabuloso, de origen popular e irreflexivo, fruto de la incapacidad para elaborar una explicación racional de la realidad o de la deformación fantástica de algún acontecimiento histórico “objetivo”. Pero tradicionalmente, en el ámbito de la sabiduría perenne, el mito ha tenido otro sentido: es la representación simbólica de una dinámica arquetípica y universal. El mito es un entramado simbólico dinámico que tiende a formar un relato, y este entramado arquetípico tiene generalmente un significado interior –psicológico, metafísico o espiritual– que cada cual puede verificar en sí mismo. Sostenía Aristóteles en su *Poética* que la poesía es más filosófica que la historia, y tiene un carácter más elevado que ella, pues versa sobre lo universal y necesario, mientras que la historia lo hace sobre lo particular y contingente. La poesía del mito pertenece al reino de lo universal y necesario, a la historia arquetípica, la que no existe en el tiempo externo sino en el tiempo del alma, aunque sus argumentos se escenifiquen, interpreten y reiteren permanentemente en el escenario de la historia individual y colectiva. Es el mito el que da inteligibilidad a la historia, y no a la

inversa. Por ejemplo, y en palabras del mitólogo G. Durand, “sin la esperanza mesiánica –que es mítica– no habría habido Cristo Jesús”.

La dimensión mítico-simbólica de la vida y doctrinas de Jesús otorga a éstas universalidad y fundamenta su potencial transformador y liberador. Posibilita que el relato evangélico revele su carácter arquetípico: nos habla fundamentalmente de nosotros mismos, de nuestra realidad profunda. Y es que, como afirmaba el místico cristiano Angelus Silesius: “¿Qué me importa que Jesús haya nacido en Belén bajo el dominio del César, si no renace cada día en mi corazón?”. Para toda espiritualidad con vocación universal ningún acontecimiento histórico, persona, iglesia, doctrina, etc., puede ser referencia decisiva de lo que es patrimonio de todo hombre en cuanto tal. La verdad no tiene su referencia en el pasado, ni el asiento del bien supremo es el futuro. El *Alfa* y el *Omega* radican aquí y ahora: en la fuente atemporal de todo instante y de la misma historia.

La lectura literal del mito (lo propio de lo que la obra que prologo denomina “nivel de conciencia mítico”) y, en concreto, de los relatos evangélicos, ha debilitado su potencial liberador y ha generado heteronomía al situar fuera de nosotros la fuente de nuestra salvación. Ha fomentado la credulidad y ha mantenido al individuo en un nivel de conciencia infantil, convencional y conformista, en los márgenes de esa “minoría de edad” que, según Kant, “equivale a la incapacidad de valerse del propio entendimiento, sin verse guiado por algún otro... ¡No razones, ten fe! Por todas partes encontramos limitaciones de la libertad”. La lectura literal del evangelio no permite la verdadera iniciación, el paso de “misterios menores” a los “misterios mayores”, el tránsito de la letra al espíritu. Y es que “la letra mata, y el espíritu vivifica”. De hecho, el literalismo se vuelve en contra de la misma religión en la medida en que tarde o temprano el sentido común necesariamente lo cuestiona, lo que, a su vez, aboca equívocamente al cuestionamiento del mensaje cristiano en su totalidad.

Ya es hora de que “el paso a la mayoría de edad”, que fue el lema de la Ilustración en Occidente, se extienda al ámbito religioso. Ya es hora de despertar a la verdad sobre Jesús. La infancia espiritual, la inocencia, no equivalen a la puerilidad. Esta última, en palabras de Kant, no es más que pereza y cobardía, miedo a la verdad: “La pereza y la cobardía son las causas de que una gran parte de los hombres permanezca, gustosamente, en minoría de edad a lo largo de la vida, a pesar de que hace ya tiempo la naturaleza los liberó de dirección ajena (haciéndoles físicamente adultos); y por eso les ha resultado tan fácil a otros el erigirse en sus tutores”. Es el paternalismo de estos “tutores”, conniventes con la minoría de edad de sus tutorados, el que, entre otras cosas, alimentó en la historia del cristianismo el denominado “fraude piadoso” e hizo pasar por verdadero lo que consideró que podía resultar útil o edificante. Pero, para toda espiritualidad genuina, lo único edificante es la verdad. El verdadero sentimiento religioso se fundamenta, por encima de todo, en el respeto sagrado por la realidad.

La obra de Enrique Martínez que tienes en tus manos busca contribuir a esta tarea, la de poner las bases de un cristianismo maduro y, más ampliamente, de una espiritualidad madura. Nos ofrece una lectura del evangelio de Marcos realizada desde una perspectiva transpersonal y no-dual, acorde a los parámetros que requieren tanto nuestro momento actual como nuestra deseable “mayoría de edad”. Claramente se posiciona entre quienes creen reconocer un núcleo histórico amplio en los relatos evangélicos, si bien posteriormente magnificado por motivos catequéticos. Este núcleo retrata a un hombre sabio y compasivo, que sabe quién es, que sabe que su Identidad última es el Espíritu y que éste es el aliento de todo lo que existe, y que no propugna una nueva religión sino un nuevo modo de vivir centrado en el amor y en el servicio. Pero el objetivo de este libro no consiste tanto en postular lo anterior como en ocuparse de aquello

que nos concierne directamente pues no nos habla de otro sino de nosotros mismos; en concreto, busca redescubrir el sentido interno del relato evangélico, proporcionar claves que permitan trascender tanto la mistificación propia de la interpretación literal del mito como la negación y la banalización racionalista del mismo, claves que nos permitan ir más allá de ambas lecturas para descubrir el espíritu en la letra, el sentido esotérico o interior de las palabras y hechos de la vida de Jesús, el que revela un mensaje último que se hermana con el mensaje central de todas las grandes tradiciones espirituales genuinas.

Este mensaje universal –que el autor destila del relato evangélico– básicamente nos dice que nuestro genuino Sí mismo, lo que es y vive en nosotros, no es mi ser o tú ser, sino el único Ser, la Fuente misma de la Vida que se manifiesta en nuestro sentido puro de ser, el que se condensa en la expresión “Yo soy”. Nuestro Sí mismo es Luz, Amor y Vida. Es el *Alfa* y el *Omega*: lo que es, ama y conoce en nosotros, y la plenitud de ser, el bien, la verdad y la belleza que constituyen el objetivo último de todos nuestros afanes. Es la Luz del mundo, la luz de la Conciencia en la que el mundo aparece, y su Verdad pues lo revela en y desde su esencia. Es el Camino sin camino. La vida verdadera que da vida al sarmiento de nuestra individualidad, revelando que esta última no tiene existencia ni sostén en sí misma y que su autonomía y separatividad son ilusorias.

Nos dice que, por tanto, Dios no es un Ente supremo separado del yo individual y relativo a éste, mero objeto de su mente y de su voluntad, sino el misterio anterior y fundante de todo lo que es, en el que se descubre que el fondo del alma y el fondo de Dios son no-dos.

Y nos dice que Jesús, a su vez, no es otra supra-entidad, una suerte de mediador celeste, sino el arquetipo del ser humano que ha realizado el Cristo o la conciencia crística, la conciencia unitaria “Yo soy” en la que se sabe que “Yo y mi padre somos uno”. Jesús reinter-

preta el mensaje de la *Upanishad*: “Aquel que adora a Dios, pensando que Él es uno y yo otro, no sabe nada”. Por eso, como afirmó el maestro Eckhart: “Todo lo que la Sagrada Escritura dice de Cristo se verifica completamente en todo hombre bueno y divino”. “Todo lo que Dios Padre ha dado a su Hijo unigénito en la naturaleza humana me lo ha dado también a mí; de ahí no excluyo nada, ni la unión ni la santidad, sino que me lo ha dado todo como se lo ha dado a él”.

De nuevo en palabras de Nietzsche (cuya aproximación al cristianismo releía justo antes de que llegara a mis manos la obra que prologo):

“La idea del «hijo del hombre» no dice relación a ninguna persona en concreto que pertenezca a la historia, a ninguna realidad singular e irrepitable, sino que es un hecho «eterno», un símbolo psicológico desvinculado de la noción de tiempo. Lo mismo cabe decir de la idea que ese simbólico arquetípico tenía de Dios, del «reino de los cielos» y de «hijo de Dios».

No hay nada menos cristiano que esas vulgarizaciones eclesíásticas que hablan de Dios como si fuera una persona, de un «reino de Dios» como si se tratara de algo que ha de venir y que se halla en un «más allá», de un «hijo de Dios» en términos de la segunda persona de la Trinidad. Todo eso es –valga la expresión– una pedrada en el ojo (;y en un ojo clarividente!) del evangelio”.

Enrique Martínez nos recuerda que, si bien los argumentos teológicos son necesariamente polémicos en la medida en que dependen de creencias, la experiencia a la que invita el mensaje evangélico es universal: todo hombre puede alcanzarla y verificarla en sí. Lo que los evangelios sitúan en el tiempo externo hace poco más de 2000 años, sucede aquí y ahora, su lugar es el presente atemporal.

Si tal es el sentido interior del mensaje de Jesús, hay que concluir que se sitúa en las antípodas de las manifestaciones religiosas cristianas en las que el yo individual queda sobredimensionado pues lo que

él hace o deja de hacer cobra una importancia decisiva; en las antípodas de una religión en la que Dios está al servicio de nuestros intereses personales y, como sostenía Nietzsche con ironía, nos cura a tiempo un resfriado o nos hace encontrar un taxi cuando se pone a llover. Y es que, cuando la religión no nos invita a trascender nuestra conciencia de separatividad, la ficción del yo particular separado, queda necesariamente al servicio de los intereses de nuestro pequeño yo, por ejemplo, garantizando la prolongación de su identidad personal en el tiempo y aliviando su inseguridad emotiva o mental. “En el conjunto de los seres –sostiene el filósofo alemán– la «salvación» de todo individuo exige que éste revista una importancia eterna. Cualquier beaturrón medio loco tiene el derecho a imaginarse que por él se transgreden a cada paso las leyes de la naturaleza. ... este cristianismo debe su victoria a esa adulación deplorable de la vanidad personal...La «salvación del alma» equivale, hablando en plata, a afirmar que «el mundo gira en torno a mí”. De la iglesia oficial que de este modo desvirtúa el mensaje evangélico, afirma asimismo el filósofo:

“La Iglesia ha sido edificada sobre la base de una oposición radical al evangelio (...) ¿Hay una forma mayor de ironía a escala de historia universal que el hecho de que la humanidad se encuentre de rodillas ante la antítesis de lo que fue el origen, el sentido y el derecho del evangelio; que haya santificado con la idea de la «Iglesia» aquello precisamente que el mensajero de la «buena nueva» consideró por debajo de él y superado?”.

Ésta es también la advertencia de Enrique Martínez: el mensaje de Jesús se ha desactivado en gran medida en la propia Iglesia que dice continuarlo. Pero el genuino mensaje cristiano –propone con acierto– no es un acicate ni un consuelo para el yo individual, sino una invitación a trascenderlo, a saber quiénes somos, a reconocer nuestra identidad esencial, el don de nuestra herencia sagrada; y,

paralelamente –y en dirección opuesta a la que ha seguido el cristianismo negador de la vida– es una invitación a que esa Vida que somos en plenitud en nuestro fondo se exprese y actualice plenamente en nuestra existencia concreta y en la de todos los seres con los que confraternizamos; una invitación a favorecer y potenciar la vida, a ayudar a vivir y a crecer, para que de este modo todos tengamos vida “y vida en abundancia” (Juan 10:10).

Mónica Cavallé

INTRODUCCIÓN

Toda lectura humana es, inexorablemente, una lectura *situada*. Ello resulta particularmente frustrante para nuestro ego –y para todas las estructuras montadas sobre él–, que alimenta la pretensión engañosa y nociva de poder apresar mentalmente la verdad. Tarea vana.

Ocurre que el yo –identidad correspondiente a los niveles *mentales* de conciencia–, necesitado de seguridad, pretende poseer e incluso imponer la verdad. Al hacerlo, lo que busca es alejar el demonio de la inseguridad y –tal como certeramente describió A. Sajarov la intolerancia– “*la angustia de no tener razón*”.

Este funcionamiento, siendo característico del estadio mítico –que, en la historia de la humanidad empieza, más o menos con el Neolítico, y que en el ser humano individual va de los tres a los siete años–, perdura, aunque sea atenuado, en el estadio racional, en tanto en cuanto nos hallamos identificados con la mente.

Decir que nuestra lectura de lo real es situada significa reconocer que nuestro modo de acercarnos a la realidad es deudor de un determinado *paradigma*, del *estadio de conciencia* en que nos hallamos y del *modelo de cognición* adoptado.

Si nos ceñimos a la lectura del hecho religioso, podemos percibir la evolución que se produce en el modo humano de *pensar a Dios*, desde el paradigma premoderno al moderno y postmoderno. Una

evolución que todavía es más notable si comparamos lo que ocurre en los diferentes estadios de conciencia: la magia, el mito, la razón, la Conciencia testigo... Y que guarda una cierta similitud con lo que se produce cuando pasamos de operar con un modelo dual o mental de cognición a otro no-dual o transpersonal¹.

Estas breves referencias pueden servir para *contextualizar* la lectura del evangelio de Marcos que aquí se propone. Nos hallamos dentro del *paradigma postmoderno* y, aunque todavía inmersos en el estadio egoico, parece atisbarse el emerger paulatino del *nivel transpersonal de conciencia*. En él, tras el agotamiento del modelo mental-representacional, se está abriendo paso, en prácticamente todos los ámbitos del saber, el *modelo no-dual de cognición*².

El *modelo mental* –dual, egoico o cartesiano– ha entrado definitivamente en crisis. No existe tal cosa –nos lo ha hecho ver incluso la misma física cuántica– como un sujeto “frente a” un objeto que estuviera “ahí fuera”. Lo que es, constituye una *red* en la que todo se halla interrelacionado. Y esa *realidad no-dual* no puede pensarse, porque no es un “objeto” que la mente pudiera aprehender. Únicamente se

-
1. Sobre este “triple nivel” (paradigma – estadio de conciencia – modelo de cognición), referido al cambio religioso que estamos viviendo, remito al estudio que he hecho en dos libros anteriores: E. MARTÍNEZ LOZANO, *¿Qué Dios y qué salvación? Claves para entender el cambio religioso*, Desclée De Brouwer, Bilbao ²2009; y *La botella en el océano. De la intolerancia religiosa a la liberación espiritual*, Desclée De Brouwer, Bilbao ²2009.
 2. Sobre la perspectiva transpersonal, K. WILBER, *Más allá del Edén. Una visión transpersonal del desarrollo humano*, Kairós, Barcelona ²2001; ID, *Breve historia de todas las cosas*, Kairós, Barcelona 1997; ID., *Sexo, ecología, espiritualidad. El alma de la evolución*, Madrid, Gaia ²2005; ID, *Espiritualidad integral. El nuevo papel de la religión en el mundo actual*, Kairós, Barcelona 2007. Sobre el modelo no-dual de cognición, J. FERRER, *Espiritualidad creativa. Una visión participativa de lo transpersonal*, Kairós, Barcelona 2007; y M. CAVALLÉ, *La sabiduría recobrada. Filosofía como terapia*, Martínez Roca, Barcelona 2006; ID., *La sabiduría de la no-dualidad. Una reflexión comparada entre Nisargadatta y Heidegger*, Kairós, Barcelona 2008.

puede ser; y *sólo cuando se es*, entonces *se la conoce*. Es decir, para frustración de quienes habían puesto toda su confianza en la razón, se nos empieza a hacer patente que *el acceso a la verdad del Ser acontece sólo en y a través de la realización experiencial* de dicho conocimiento. Ser y conocer se reclaman mutuamente: *ser es conocer y conocer es ser*.

Aquí se inserta precisamente la intuición quizás más revolucionaria de la postmodernidad: la que sostiene que *sujeto y objeto, hombre y mundo constituyen una unidad indisoluble*. De ese modo, frente al dualismo separador, emerge el *holismo integrador*, en el que el Todo es lo prioritario, un Todo que, para más asombro, es “consciente”.

Si el modelo cartesiano era irreductiblemente mental y, por ello mismo, dualista, el nuevo modelo es transmental. *Integra la mente* –no estamos hablando de un nivel irracional, sino transracional³–, *pero la trasciende*; no se deja atrapar por ella: sabe de un modo de conocer que va más allá del pensamiento. Eso requiere aprender a acallar la mente, para que, de esa forma, se supere el dualismo al que parecíamos estar irremisiblemente condenados. La no-dualidad seguirá afirmando las diferencias, pero no la separatividad. Porque éste es, precisamente, el rasgo característico y distintivo del nuevo modelo de cognición: la *no-dualidad*.

3. K. WILBER ha planteado con gran claridad la confusión que se genera cuando no se sabe detectar lo que ha llamado “*falacia pre/trans*”, que conduce a identificar lo pre-perpersonal con lo trans-personal, siendo así que el único “punto de contacto” entre ambos es que ninguno de los dos es “personal”; fuera de ahí, se trata de estadios radicalmente diferentes. Como ha escrito su traductor español, “*confundir ambos estadios sería tan necio como equiparar a un preescolar con un postgraduado por el hecho de que ninguno de los dos va a la escuela*”: D. GONZÁLEZ RAGA, *Ken Wilber: una visión personal*, en R. TORRENT (ed.), *Evolución integral. Visiones sobre la realidad desde el paradigma emergente*, Kairós, Barcelona 2009, p.40. K. WILBER, *Los tres ojos del conocimiento*, Kairós, Barcelona 1991, p.174; también, F. VISSER, *Ken Wilber o la pasión del pensamiento*, Kairós, Barcelona 2004, p.142.

Pues bien, lo que aquí propongo es una lectura del evangelio de Marcos dentro de estos nuevos parámetros, consciente de que se trata de una perspectiva (transpersonal y no-dual), no sólo válida, sino incluso exigida por el momento que nos ha correspondido vivir. No sólo es nuestro “idioma cultural”, sino que parece más capaz de dar razón de lo real que el anterior modelo dualista.

Desde la *nueva perspectiva*, la visión dualista queda radicalmente modificada, porque cambia, precisamente, el “modo de ver”, la conciencia que percibe, en definitiva, el propio perceptor. *Dios* deja de pensarse como *un Ser* separado –como si fuera un “Objeto”–, para ser percibido (intuido) como el Misterio último de Lo que es, que hace que todo sea, y que en todo se expresa –y aquí está la clave– de un *modo no-dual*. *Jesús*, lejos de ser objetivado como un *Ser celeste*, aparece como el hombre que “ha visto” y, por ello mismo, es Manifestación del Misterio y Expresión de lo que somos, espejo en el que podemos vernos reflejados; todo ello, también, de un *modo no-dual*. El *evangelio*, superada una lectura historicista que apenas nos afectaba, se nos muestra como un mensaje de sabiduría que habla de nosotros mismos, desvelándonos lo Real y facilitando el despertar a nuestra verdadera identidad. Estas son las claves de lectura del comentario del evangelio que tienes en tus manos. Unas claves que nacen de la “nueva conciencia” transpersonal y no-dual –más exactamente, de lo que la conciencia hoy nos permite percibir–, que se asientan en la certeza de la interrelación de todo y que usan como imagen la gran Red de todo lo que es⁴.

Tengo la convicción de que, en esta nueva “traducción” –y cada cultura tiene que hacer la suya–, no sólo no se pierde nada valioso,

4. Para una fundamentación de estas afirmaciones, me veo obligado a remitir a mis libros anteriores, fundamentalmente a los siguientes: *Qué Dios y qué salvación...*, *La botella en el océano...* y *Recuperar a Jesús. Una mirada transpersonal*, todos ellos editados por Desclée De Brouwer.

sino que todo aparece enriquecido y cargado de frescor, aportando luz, sentido, liberación, dicha, plenitud. También hoy el Espíritu sigue actuando, iluminando, inspirando... No reconocerlo así y quedarse en la literalidad del texto, supone fosilizarlo, absolutizando una lectura que –por humana– era relativa, privarlo de inteligibilidad y, en último término, de vida. Con ello, se termina siendo infiel al mismo texto que, en realidad, estaba apuntando más allá de lo que decían sus propias palabras.

Por si fuera poco, una lectura atenta del evangelio permite percibir que *el propio Jesús se vivió en este nivel de conciencia transpersonal*, tal como he tratado de mostrar en otro lugar⁵. De ahí que, al acercarnos desde esta clave, podamos lograr una mayor “sintonía” con el texto evangélico.

La nueva mirada, al quitar el velo de la mente objetivadora y separadora –dualista–, permite reconocer la no-dualidad de todo lo real, en el *holismo integrador* al que más arriba hacía referencia, y en el que nada se halla separado de nada. Lo que tocamos y lo que no podemos tocar, la forma y el vacío, son únicamente las “dos caras” de la misma Realidad, expresión toda ella del “Yo soy” universal.

En el presente comentario, tomamos el texto del evangelio tal como ha llegado hasta nosotros. Con el bagaje que nos ofrecen las nuevas investigaciones exegéticas, enriquecidas por las aportaciones venidas desde ángulos bien diversos, como la arqueología, las ciencias sociales o la perspectiva feminista, avanzaremos en la lectura continuada del evangelio, desde esta nueva clave.

5. E. MARTÍNEZ, *El hombre sabio y compasivo. Una aproximación transpersonal a Jesús de Nazaret*, en *Transpersonal Journal of Research* 1 (2009) 48-71. Puede leerse en <http://www.transpersonaljournal.com/pdf/vol1-jul09/Martinez%20Lozano%20Enrique.pdf>;
ID., *Recuperar a Jesús. Una mirada transpersonal*, Desclée De Brouwer, Bilbao 2010.

El objetivo no es otro que el de acoger la *sabiduría* que contiene y *conocer* más la persona de Jesús, *hombre sabio y compasivo*, desegocentrado y anclado en la Conciencia unitaria (o transpersonal), para experimentar que –parafraseando a F. Rosenzweig– “*el evangelio y nuestro corazón dicen la misma cosa*”.

El *evangelio de Marcos* –objeto de este comentario– fue, en cierto modo, relegado durante siglos. Parco en palabras, su estilo parecía demasiado elemental. Se prefería el de Mateo, jalonado de amplios discursos de Jesús y, aparentemente, mucho mejor estructurado.

Las cosas, sin embargo, empezaron a cambiar en el siglo XX. De pronto, se descubre que Marcos fue el primero en escribirse, el que “inventó” incluso el género “evangelio” –que pasó de ser una “buena noticia” proclamada, a un texto escrito– y que sirvió de base para los otros dos sinópticos. Al mismo tiempo, se fue captando mejor la profunda teología que encierra, así como la cuidadísima elaboración, en la que todo encaja admirablemente, como tendremos ocasión de ir comprobando a lo largo de la lectura.

Para empezar, resulta llamativo el *carácter simbólico* del relato, en el que el autor juega constantemente en el doble nivel histórico y alegórico. Hasta el punto de que, como ha escrito Secundino Castro, “*es difícil encontrar un dato que no transparente una realidad simbólica*”⁶.

Por otro lado, se trata de un relato de acción rápida e intenso dramatismo, marcado por el *conflicto*. En la base del mismo, late una idea típica del paradigma premoderno: la historia humana es una *lucha cósmica* entre Dios y Satanás. No hay barreras impenetrables entre el ámbito sobrenatural y el ordinario: la voz de Dios sueña desde el cielo; el Espíritu desciende en forma de paloma; Satanás

6. S. CASTRO, *El sorprendente Jesús de Marcos. El evangelio de Marcos por dentro*. Desclée De Brouwer, Bilbao 2005, p. 19.

pone a prueba a Jesús y trata de manipular su voluntad; los ángeles le sirven; los demonios gritan cuando ven a Jesús; éste se ve envuelto en conflictos con ellos... Todo ello resulta chocante al lector moderno, pero era habitual para nuestros antepasados.

Influido por su visión apocalíptica de la existencia, el autor plantea el relato dentro de un marco en el que los espíritus del bien y del mal han trasladado su enfrentamiento a este mundo. No es extraño que la acción de Jesús sea presentada, desde esa clave, como una lucha contra los demonios.

Jesús es el *"Hijo de Dios"*. Pero, aunque señalado como tal en el mismo título del escrito –*"Comienzo del evangelio de Jesús, Cristo, Hijo de Dios"* (1,1)–, el autor impondrá lo que se conoce como el *"secreto mesiánico"*, que trata de "ocultar" temporalmente la identidad del Mesías, para evitar el riesgo de que fuera interpretada en clave nacionalista o de poder. Por eso, a lo largo del relato queda siempre abierta la pregunta *"¿quién es éste?"*; pregunta que sólo obtendrá una respuesta adecuada al pie de la cruz, una vez que ya no existe riesgo de confusión, y en boca de un pagano: *"Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios"* (15,39). Pero, al mismo tiempo, este evangelio –a diferencia, por ejemplo de Lucas, que lo presenta como el "héroe" griego, caracterizado por la *apatheia*– será el que más subraye la *humanidad de Jesús*.

La estructura del presente comentario es deliberadamente sencilla: siguiendo el orden de los capítulos del propio evangelio, tras enmarcar el texto evangélico, se hace el comentario correspondiente. Por otro lado, he creído oportuno introducir algunos contenidos temáticos, que llamo "transversales" en los que, a partir de alguna cuestión suscitada por el texto, trato de ofrecer una visión más amplia del tema en cuestión. Estos contenidos se enumeran en el Índice y aparecerán señalados como "Aportación transversal", con la numeración y el

título correspondientes. Se ha utilizado también un tipo distinto de letra para diferenciarlos de lo que es el comentario en sí mismo.

Y quiero terminar esta introducción, invitando al lector a dejarse *entrar en diálogo con el texto evangélico*. Porque, en realidad, toda lectura e interpretación es un “diálogo” entre autor y lector. Y la crítica literaria sabe que cualquier texto un poco profundo *dice más de lo que el propio autor fue consciente*. Mi trabajo se limita a ofrecer humildemente una “clave” de lectura, que considero característica de nuestro momento sociocultural –el “idioma” en el que entendernos– y, al mismo tiempo, cargada de posibilidades.